

LO NO VIVIDO

DRA. MARGARITA TERESA DE JESÚS GARCÍA GASCA
RECTORA

DR. AURELIO DOMÍNGUEZ GONZÁLEZ
SECRETARIO ACADÉMICO

DRA. MARÍA TERESA GARCÍA BESNÉ
SECRETARIA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

VERÓNICA NÚÑEZ PERUSQUÍA
SECRETARÍA DE ATENCIÓN
A LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA

DIANA RODRÍGUEZ
COORDINADORA
FONDO EDITORIAL UNIVERSITARIO

FEDERICO DE LA VEGA
EDITOR

Primera edición: 2019

D.R. © 2019 Bruno Estañol
D.R. © 2019 Carlos Pellicer López
D.R. © 2019 Universidad Autónoma de Querétaro
Cerro de las Campanas s/n
Centro Universitario, 76010
Santiago de Querétaro, México

ISBN: XXX-XXX-XXXX-X-X

ISBN EL FONDO DE LAS NAVES: XXX-XXX-XXXX-X-X

BRUNO ESTAÑOL

LO NO VIVIDO

CARLOS PELLICER LÓPEZ

ILUSTRACIONES



FONDO EDITORIAL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

ÍNDICE

Prólogo	x
Primera parte: la ciencia	x
Segunda parte:	x
Tercera parte:	x

A la memoria de mi abuela Esther

I
AMASTE MUJER CON INSISTENCIA

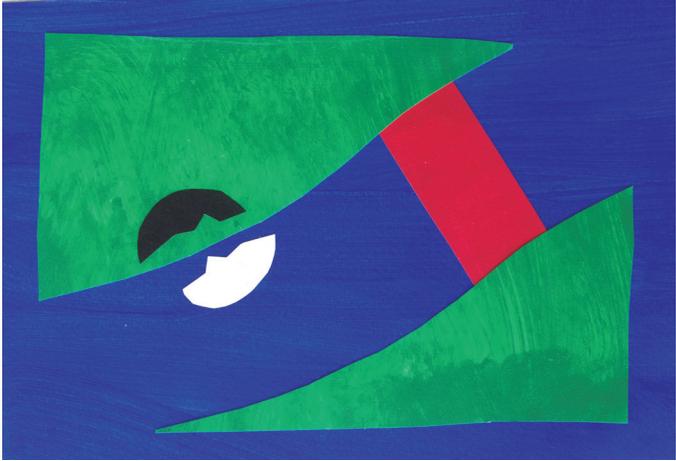
Amémonos aquí. Tiempo es sólo un día.

FERNANDO PESSOA

I

Voy caminando por la calle de la ribera del río a visitar a doña Carmencita. Me siento contenta de sentir la brisa de la tarde, pero voy pensando en la tarea que me dejaron en la escuela de las monjas: un sinfín de lecturas y de cuentas. Le dije a mi abuela que no quería venir, pero ella insistió y me dijo que doña Carmencita lo iba a agradecer mucho. Voy sorteando los charcos y las grietas de las banquetas, el sol se está ocultando en la otra banda del río entre unas nubes rojizas, parece que más tarde va a llover, un barco pequeño se desliza suavemente en medio del río, puedo oír el run run del motor, con la mano derecha sostengo la sombrilla floreada y con la izquierda un plato grande forrado de aluminio.

Llego a la casa, me detengo y miro. Veo una casa de un piso de color gris claro con paredes descascaradas y puertas y ventanas cerradas. Al frente de la casa hay un jardín pequeño que es casi un montazal, aquí todo se enmonta tan rápido. Hay una verja de



hierro a la entrada de la casa, abro la reja y oigo un rechinado de espanto, como el que se oye en las películas de Drácula; me parece que no han abierto esa puerta en muchos años. Entro a una pequeña vereda con piso de ladrillo rojo gastado, a la izquierda hay un columpio un poco desvencijado, el columpio es amplio como para dos personas y está sostenido por unas cadenas a los lados, lo empujo con el pie derecho y oigo un retiñido. Me imagino que es un columpio donde se sentaban los novios. Me dan ganas de sentarme en el columpio e imaginar que soy la novia de un hombre guapo sentada en el columpio con él; me toma por la cintura, me mira a los ojos, me sopla al oído y después impulsa el columpio con los pies.

Cierro la sombrilla y la pongo contra la pared y toco la aldaba de la puerta. La aldaba también rechina. El sonido es fuerte y agudo. Espero un tiempo y vuelvo a tocar. Ahora toco dos veces. No oigo pasos adentro de la casa. Después de un tiempo se abre el postigo: una rendija apenas. Trato de ver quién abrió el postigo, pero por dentro está oscuro. Digo las palabras que me recomendó mi abuela: Doña Carmencita, soy María Pía, la nieta de doña Esther, mi abuela le manda un pastel de nata con pasas. El postigo se abre un poco más y veo a una mujer delgada con una pañoleta negra sobre la cabeza, anudada en el cuello. Los ojos negros relucen y están fijos en mí. Tiene una piel blanca muy pálida. Así que tú eres María Pía, eres una niña. No entiendo por qué me dice que soy una niña cuando es claro que lo soy. Tomo el pastel con las dos manos y se lo paso por el postigo abierto. Lo toma y me mira de nuevo. Te pareces a tu abuela con tu pelo rubio y lacio. ¿Cómo está ella? Hace ya muchos años que no la veo. Está bien, le digo, quiere verla. Ya no recibo a nadie, contestó.

De repente cierra el postigo, oigo que pasa el cerrojo y yo tomo la sombrilla floreada que me encargó mucho mi mamá. Después,



oigo el rechinado de la puerta: doña Carmencita ha abierto la puerta. Trae un vestido gris con estampas de cuadros. El vestido está cerrado hasta el cuello y remata con un biés de encaje blanco en los puños y en el cuello; es de manga larga y le llega debajo de la rodilla. Pasa, me dice, tu abuela y yo somos como hermanas, hemos crecido juntas y siempre la recuerdo. Entro a la casa y al principio veo todo oscuro, después, poco a poco, logro distinguir al fondo de la sala un espejo oval muy grande y también un sofá de cuero negro y una mecedora de madera oscura. Un piano negro tipo espineta está en un rincón de la sala. Yo estudio piano, le digo, y me da una gran alegría la música. A mí también me daba, pero hace tiempo que no toco nada, dice. ¿Quieres tocar algo para mí? Abro la vieja espineta y toco algunos acordes; el piano está desafinado, pero mis dedos se resbalan sobre la superficie de las teclas blanquinegras y surgen las notas de “La Paloma” de Sebastián Iradier. Las notas me hacen soñar y me olvido de todo. Cuando termino cierro cuidadosamente la tapa del piano y ella dice que esa música es al mismo tiempo alegre y triste, como la vida. Eso dijo.

La casa no tiene cielo raso y veo las vigas y las tejas de la casa. Me imagino que cuando llueve hace mucho ruido. Vamos a la cocina, dice, a tomar un chocolate caliente. Pasamos por un comedor muy grande y después a la cocina. Me siento en una silla alta y las piernas me quedan colgando, me quedo callada porque no sé qué decir. La puerta de la cocina da a un jardín que está muy bonito: veo unas rosas de Castilla, unos tulipanes rojos y otros amarillos, unos arbustos de galán de la noche y unas matas de doradilla. Tengo un poco de curiosidad por doña Carmencita y recuerdo las palabras de mi abuela: es una mujer maravillosa, aunque un poco maniática, te va a caer bien. Le cuento que estoy aprendiendo a tocar el piano y es la gran alegría de mi vida. Qué bueno, contesta Carmencita, yo también lo toqué muchos años y a veces también

tocaba el órgano de pedal de la iglesia. Tengo algunas partituras que tal vez te interesen. Puros papeles amarillos y el piano a lo mejor ya se lo comió la polilla por dentro. Le digo que mi abuelo Amador quiere que yo sea una gran pianista y me ha dicho que me mandará al conservatorio. Tu abuelo es un gran hombre, dice, siempre fue muy trabajador. Es un descreído; eso le ha dado mucho pesar a tu abuela. Siempre creí que era un poco aburrido. Le digo que mi abuelo siempre trabaja en la tienda y que le han salido várices en las piernas de tanto estar parado.

Pone a calentar la leche y saca un molinillo de madera con su batidor hueco, después coloca unas tablillas de chocolate y con las dos manos mueve el batidor con gran agilidad. Sirve el chocolate espumoso en unas tazas grandes y se sienta enfrente de mí en la mesa de la cocina. La veo más tranquila y me mira con sus grandes ojos negros. Pienso que de joven tuvo unos ojos maravillosos y que seguramente hizo feliz al hombre que los vio. ¿Te dijo algo tu abuela de mí? Le digo que no y que mi abuela tiene ganas de verla. Creo que voy a morir sin volverla a ver, dijo. Hace más de diez años que no salgo de la casa y muy rara vez he recibido una visita. No salgo de la casa desde que murió mi marido. ¿Quieres saber cómo murió? También te diré como vivió.

Un domingo, entre el estruendo de la música de la marimba orquesta, cayó muerto en la plaza. Ni siquiera estaba bailando. **Iba vestido con un traje de lino blanco y una corbata azul; traía puesto su quepí de capitán.** Me avisaron y después lo trajeron a la casa. Lo velamos en la sala y creo que ha sido la peor experiencia de mi vida. **No lo desvestí: dejé que lo enterraran con su traje de lino, su corbata azul cobalto y su gorra de capitán.** Fue algo inesperado, nunca pensé que algo así pasaría. De noche lo soñaba y a veces escuchaba que cantaba suavemente en el baño. Me da remordimiento que nunca lo he ido a ver al cementerio. No sé si él quiere que lo vaya a ver.

II

Doña Carmencita calló por un tiempo. Yo no sabía qué decir ni qué hacer; para no hablar y para no mirarla tomaba a sorbos lentos y pequeños el chocolate dulciamargo. Levanté la mirada y encontré sus ojos negros. De verdad que te pareces a tu abuela cuando era niña; también era tímida y callada, pero con sus ojos azules decía todo. Era una niña llena de encanto aunque siempre muy firme en todo lo que decía y hacía; siempre me aconsejó que no me casara con Tolomeo, decía que era un hombre que me iba a hacer sufrir y fue verdad, pero también fui feliz, o por lo menos no me aburrí con él como le pasa a la mayoría de las mujeres. Le gustaba la música y sobre todo bailar, yo tocaba el piano para él y creo que por eso disfrutamos juntos. También viajamos un poco. En su pailebot La Paloma visitamos los puertos del Golfo de México, desde Tampico hasta Progreso, pero los puertos que a él le gustaban eran Veracruz y Tampico. Sí, él era capitán de una goleta de cabotaje, de las que van siempre viendo la costa, y que por aquí les llaman pailebots. Era un barco de madera, de tres palos, que llevaba carga y tenía dos camarotes para pasajeros. Algunos viajaban en la cubierta sentados en sillas de tijera de extensión y a veces ponían un toldo para evitar la insolación. Cuando era capitán de La Paloma vestía siempre de punta en blanco con su gorra de capitán.

La verdad es que empezamos un poco mal. Acababa de comprar la goleta, no tenía dinero y me propuso que huyera con él y que nos casáramos en el puerto de Veracruz. Me miró a los ojos y me dijo: no te voy a prometer que siempre estaré contigo, pero sí te digo que hoy estoy completamente loco por ti y que quiero disfrutar plenamente este momento. A todo le dije que sí y una mañana, sin más ropa que la puesta, me fui con él. Cuando me subí a la cubierta del barco pensé en lo que iban a sufrir mi padre y mi

madre, pero pronto me olvidé. La Paloma se deslizó por la bocana del río a una velocidad que me pareció vertiginosa. Fuimos al Hotel Diligencias y después bailamos danzón en la plaza de Veracruz, enfrente del Palacio de Gobierno. Hicimos una cena en el hotel y llegaron muchos conocidos nuestros que vivían allá. Después regresamos y nos vinimos a vivir a esta casa que él había heredado de su padre. Estábamos locamente enamorados. Siempre quería estar en la cama con él. ¿Qué cómo era él? Todas las niñas son curiosas aunque lo quieran disimular. Era de mediana estatura con las cejas gruesas y los ojos negros, hundidos, el pelo rizado y abundante; más bien flaco aunque muy plantado y risueño. Sí, sí, era guapo y sí nos sentábamos en el columpio en las tardes para ver la caída del sol. ¿Qué si me tomaba por la cintura? Me tomaba de todo y sobre todo de la nuca. Esas son cosas que no se le deben decir a una niña. Sí, también me tomaba por la cintura y me apretaba. ¿En el columpio? Sí, claro, y también cuando viajábamos en La Paloma. Nunca pudimos tener hijos. Así pasa a veces. Así que con el tiempo nos fuimos quedando solos.

Es verdad que era un poco raro, excéntrico, maniático. A mí eso no me molestaba, de hecho un tiempo me pareció interesante, después a veces me preocupaba. Creo que todo le vino por querer usar su uniforme de capitán, sabía que se veía bien. Luego empezó a vestirse de todas las formas posibles. A veces lo hacía de inglés, decía él, con casco de corcho y camisa y pantalón corto de dril beige; a veces con guayabera o con liki liki hasta el cuello; otras, como Nehru con las camisas abotonadas hasta arriba; después se vistió como campesino con camisas sueltas de manta; se puso blusas bordadas de indio de Oaxaca o de Chiapas; camisas floreadas al estilo norteamericano; usó corbata de moño rojo, se vistió como obrero con overoles azules con peto; usó pantalones bombachos como los gauchos, en ocasiones usaba zapatos, otras veces botas,

otras huaraches; se ponía toda clase de gorras, boinas, sombreros de fieltro y de Panamá, sombreros del Tirol y de carrete, pero siempre regresaba a ponerse su traje de lino blanco con su corbata azul cobalto y su gorra de capitán. El pelo también era una de sus preocupaciones. Se dejaba la barba completa, de candado, luego el bigote grande, después pequeño; el cabello lo traía a veces largo, otras corto y llegó incluso a andar pelón a coco. Sin embargo, en los carnavales no se disfrazaba de los personajes habituales como diablo o sombra o momia o calaca, ni tampoco de mujer. Siempre dijo que la camisa más elegante era la de Nehru.

Pasaban los años y siempre encontraba formas distintas de vestirse y se compró un smoking blanco como el que le había visto a Humphrey Bogart en Casablanca. Se aficionó a traer turbantes, sobre todo blancos, y empezó a usar gafas de todo tipo. Las que más le gustaban eran unos quevedos de oro que le compró a un capitán alemán en Tampico. No sé cómo decirte, no era lo que le llaman un dandy, pues se vestía para él: a veces lo hacía dentro de la casa y se miraba en el espejo grande que viste en la sala. Quiero que me veas con tus grandes ojos negros, me decía. Una noche me dijo: voy a vestirme como Lawrence de Arabia y voy a salir montado en un caballo blanco. Lo único que me falta es un sable que relumbre al sol.

Así fueron las cosas durante nuestro matrimonio y yo lo esperaba con ansia cada que regresaba de los viajes. Siempre me traía algún regalo: una mantilla, una peineta, abanicos de encaje negro, pañoletas para el cuello y la cabeza, mantones, rebozos de seda, aretes. Sí, también me trajo sombrillas chinas y japonesas, un kimono de seda, pantuflas de seda bordada, calzones de seda de colores. También éstas son cosas que no te debo contar.

Él se llamaba Tolomeo Gonzáles y Gonzáles y como aquí los nombres griegos y romanos y los apellidos repetidos no son nove-

dad, nadie le prestaba atención a su nombre. Un día me dijo que él en realidad se llamaba Tolomeo Heráclito Gonzáles y Gonzáles. A todo mundo le dijo lo mismo y si mostraban escepticismo amenazaba con mostrarles su acta de nacimiento o de bautizo. Dijo que su papá era un gran admirador de los griegos y sobre todo de Heráclito, quien siempre pensó que el río era la gran metáfora de la vida. ¿Qué es metáfora? No lo sé muy bien y creo que él tampoco lo sabía, pero supongo que es una palabra que representa muchas cosas y que usan los poetas. Tú puedes preguntar a las monjas ilustradas que te dan clases.

Un día me trajo un cartelón del mural de Rafael de Urbino que está en el Vaticano, según me dijo: este cuadro se llama “La Escuela de Atenas” y, dijo, éste que está aquí, en actitud pensativa y de gran tristeza, es Heráclito. Se parece mucho a mí. Heráclito dijo que todo fluye como el río y que nada permanece igual, y así soy yo. Exigía que le llamara Heráclito y se enojaba cuando le decía Tolomeo, porque decía que este último sólo había retrasado la comprensión del mundo y el universo. Así vivimos durante muchos años y yo lo llamaba mi Heraclito, así, sin acento, porque era diminutivo, y él se dejaba decir hasta que un día me confesó que su verdadero nombre era Heráclito Proteo Gonzáles y Gonzáles y que el nombre de Tolomeo era una vergüenza, que su único atenuante era que lo había descifrado por primera vez un joven francés llamado Champollion en un piedra que le dicen Roseta, que está en un museo en Londres. Le empecé a llamar Heraclito o Proteito y él se dejaba y así fue hasta que lo sorprendió la muerte un mal domingo en la plaza, una tarde en que tocaban la rumba “El Manicero”.

Se calló de repente. He hablado mucho, dijo. Tu abuela sabe todas estas historias. Yo no sabía qué decir, pero tampoco quería despedirme; quería preguntarle si había querido mucho a Tolomeo

y si se había puesto la mantilla con peineta para ir a misa y si el abanico de encaje negro tenía broche y si había usado el kimono en las noches al acostarse con él.

Como el chocolate se había terminado, la escuchaba mirándola a sus lindos ojos. De pronto, la pañoleta se desanudó y se le deslizó por los hombros hasta el suelo: vi que tenía el pelo blanco y rizado y que tenía una rala barba blanca como he visto después en mujeres de su edad. Me di cuenta por qué usó la pañoleta todo el tiempo que habló conmigo. Se inclinó, la recogió y se la volvió a poner con mucho cuidado. Vete, María Pía, y dile a tu abuela Esther que me he acordado mucho de ella mirándote a ti.

III

Cuando regresé a la casa encontré a mi abuela en la cocina. Siéntate, me dijo, te voy a dar café con leche y pan. No puedo abuelita, le dije, tengo que hacer tarea. Eso de hacer deberes escolares es lo más aburrido del mundo, dijo mi abuela, y dudo que sirva para algo, quizás para lo único que sirve es para hacer caligrafía. Ya te daré un papel que diga que no hiciste tarea porque te enfermaste. Toda la infancia se pasa haciendo deberes escolares, dijo mi abuela. Ya voy a pasar al quinto grado y tengo mucho que aprender. Tienes razón, dijo, yo nada más estudié hasta sexto y siempre lo he lamentado. ¿Qué te contó Carmencita? Me dijo que eran amigas desde niñas. Sí, siempre fue una niña alegre, con mucho sentido del humor. Fuimos vecinas y todas las noches jugábamos y cantábamos, y de jovencitas fuimos inseparables. Tolomeo la conquistó viéndola a los ojos y hablándole al oído. Luego de que se casó con él la frecuenté menos; ella y su marido hacían una vida social con otras personas. Tolomeo a veces salía con ella y otras iba solo al parque

vestido como de Arabia o de la India. Una de esas veces fue que cayó muerto en el parque. Iba vestido con su uniforme de capitán, o por lo menos de blanco con la gorra de capitán. Él se había cambiado de nombre por otro igualmente loco y extravagante, y pedía, muy atentamente, que se dirigieran a él con un nombre griego que se había inventado. Creo que para entonces ya estaba bastante deschavetado. Lo malo es que Carmencita nunca se dio cuenta de eso.

Desde que murió, Carmencita no salió ya jamás de su casa. Una mujer le lleva la comida y hace el aseo una vez por semana. Incluso podría decir que cambió para siempre: mantiene cerradas las puertas y ventanas, y dicen que usa doble tranca. Habla muy poco con la mujer que le lleva los víveres. Cuando tocan la puerta de la casa se asoma apenas por el postigo entreabierto y enseguida lo vuelve a cerrar. Entonces, ¿por qué dejó que entrara yo a su casa?, pregunté. Mi abuela me miró con sus tranquilos ojos azules, se levantó y me acarició el pelo. Yo sabía que iba a aceptar hablar contigo y a dejar que entraras a su casa. Para mí fue un gran misterio por qué durante años no salía de su casa.

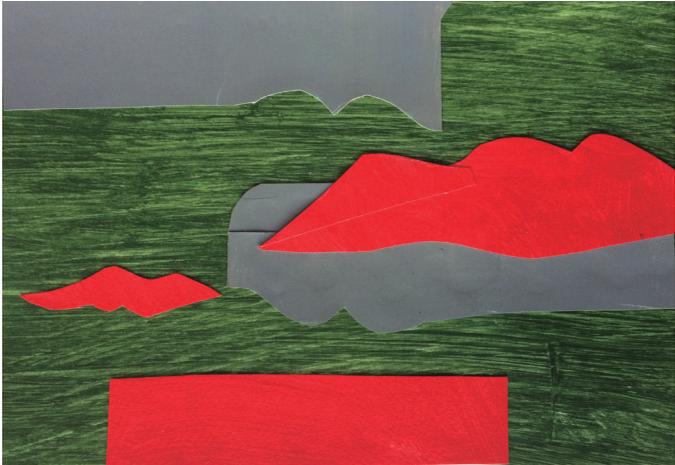
Hace algún tiempo hablé con Canuta, la mujer que la atiende una vez por semana y le pregunté si ella sabía la razón por la cual no salía de su casa. Me dijo que doña Carmencita creía que su marido, el capitán Tolomeo, vivía todavía. No que la visitara como fantasma o como espanto, no que le susurrara en la oscuridad cuando ella estuviera sola en la cama. Tenía su retrato en la sala de la casa. Ahí estaba Tolomeo Heráclito, también llamado Heraclito, vestido de capitán, con La Paloma al fondo de la fotografía. Ella le hablaba a la fotografía y le decía que dejara de perturbarla, que de todas maneras ella tenía que olvidarlo. A veces tomaba el retrato y lo tiraba al suelo; de tanto tirarlo estaba ya sin vidrio, pero de todas maneras hablaba con él durante el día. Ella insiste que puede venir a verla disfrazado de cualquier hombre y tomarla desprevenida. Así que

cuando un hombre toca la puerta, un vendedor o algún mendigo, ella sabe inmediatamente que es Tolomeo quien está ahí, disfrazado, o simplemente fingiendo o simulando que es otro hombre. También sabe que si es una mujer no puede ser él, porque nunca se vistió de mujer. Así que pensé que te iba a mandar a ti, que le ibas a decir quién eras, que ibas de mi parte y, al ver que eras una niña, permitiría que entraras a su casa y quizás te contaría algo de su vida con Tolomeo. Otras veces, cuando no tengas tareas, irás a verla y le llevarás un poco de puchero que tanto le gusta. ¿Entonces ella ve a Tolomeo en todos los hombres? Sí, no sé si también en los varones pequeños. Abuela, cuando llegué doña Carmencita tenía una pañoleta en la cabeza anudada al cuello, se le cayó y vi que tenía una barba blanca. ¿Por qué? De eso no sé nada, María Pía, lo que sí te puedo decir es que, de joven, Carmencita era de verdad una belleza, nadie era más bonita que ella. A veces a las viejas le salen pelos en la cara. Creo que ella se descuida a sí misma. Ahora vete a dormir que mañana te van a reñir las monjas.

Abuela, mañana no voy a hacer tareas escolares. Iré con tu permiso a sentarme en el columpio de la casa de doña Carmencita y soñar mientras miro la caída de la tarde en la otra banda del río.

II CARTA A TOLOMEO

Tolomeo, pensé y sufrí mucho cuando decidí irme contigo sin casarnos. La vida ya era difícil para mis padres y yo no quería que ellos sufrieran por mí y por lo que diría la gente. En estos pueblos todos murmuran y en todas las comunidades es lo mismo. Y contra la envidia y las murmuraciones no se puede uno proteger. A pesar de eso, cuando sentí la brisa salada del mar al cruzar la bocana del río, y sentirte a mi lado, olvidé todo. Sentí, no sé por qué, la libertad que me daba el mar. Sentí que iba a vivir toda mi vida contigo e iba a tener, si no una gran felicidad, sí, por lo menos, una vida que yo había escogido y tenía que aceptarla, así como otros no aceptan nada. Iba a ser una serie de ciclos de verte y tenerte y disfrutar, y otros de esperarte y desearte y adelantar mi felicidad como el zorro de *El Principito*. En cuanto a mí, quiero que sepas que siempre estaré contigo. Sé que tú también estarás conmigo y cuando regreses de los viajes tendré lista una gran cena con carne en estofado y con vino, como a ti te gusta. El vino lo traerás tú de los viajes, y poco a poco me enseñarás cómo se llaman las uvas de las que se hacen los vinos y otros licores que a ti te gusten, y podremos oír música en el gramófono, bailar danzones, pasodobles, tangos y la rumba “El Manicero”, y escuchar las arias de ópera que



te gustan, como “E Lucevan le Stelle”, “Mi corazón se abre a tu voz” y “Ché gélida manina”.

Tocaré el piano para ti y trataré de conseguir partituras nuevas. Practicaré en el piano todos los días para complacerte cuando vengas y me digas cuáles canciones son las que prefieres y me podrás contar, si quieres, sobre lo que viste en el viaje. Podrás cantar en voz baja como a ti te gusta. Quisiera saber cómo el faro ilumina y barre la oscuridad y cómo se mueve la luz sobre el agua oscura, y si el faro es, primero, una luz pegada al horizonte y luego va creciendo, y si hay indicaciones de boyas por las cuales puede uno pilotear el barco. ¿Si llega uno a puerto en la madrugada es diferente que si uno llega al atardecer? ¿Se ancla uno en el puerto o se atraca con los cabos en el muelle? ¿Quién espera al barco en el muelle? ¿Los que esperan cartas y paquetes? ¿Sube el práctico del puerto a tu barco? ¿Hay mujeres esperando al esposo, al novio o al amante? ¿Si hay mal tiempo en el camino, te tienes que arrimar a la costa con riesgo de encallar o echas el ancla y bajas las velas para asegurar el barco? ¿Y si hay mujeres que se acercan a ti tratas de esquivarlas o hablas con ellas? ¿Descargas la mercancía enseguida o hay mercaderes que están esperando lo que tú llevas? ¿Ahí mismo compras lo que traes de regreso? ¿Limpian el barco cuando llegas o lo dejan para el otro día? Siempre tienes que descansar por lo menos un día antes de embarcarte de nuevo. No es bueno bogar en el mar cuando uno está cansado. ¿Ves a tus amigos y paisanos cuando llegas a los puertos? Ya te debe conocer mucha gente.

Me vestiré para ti con vestidos vaporosos sin mangas, con *chemises* y con vestidos ajustados que resalten mi cintura, mi busto y mis muslos. Y me pondré el perfume francés que me trajiste en un viaje. Y tú me darás también algún obsequio para que yo sepa que te acordaste de mí en tu viaje. Ese recuerdo tuyo de mí es algo invaluable. Y yo no pensaré que te vas a enamorar de otra mujer o

de alguna mulata que trastorne tus sentidos. Y la vida la viviremos juntos y no sólo la vida sino la pasión amorosa. Para mí lo más importante es mantener la pasión. Haré lo posible para que la tengamos toda la vida. Trataré de adivinar tus deseos. He tenido un sueño que ya te contaré. Te entregaré esta carta en mano cuando regreses después de este primer viaje.

Nos sentaremos al caer la noche en el columpio de la entrada y veremos el atardecer dorado en la otra banda del río.

III LA PALOMA

Amor condusse noi ad una norte
Comedia, canto v, DANTE ALIGHIERI

Soy pata de perro y siempre sueño con echarme a andar por el mundo, andar por andar, no para llegar a ningún lado, porque sé que nunca saldré de mí mismo ni de mi pueblo, ni tampoco llegar a algún lado para quedarme; y sueño también con tener grandes aventuras y que soy un gran conquistador, un explorador de tierras incógnitas, un hombre que desafía los grandes océanos, los grandes ríos tropicales, las montañas más elevadas del mundo, y así crecí con estas ideas variadas y locas. En la adolescencia algunos de mis amigos querían viajar y con nuestras mochilas al hombro nos íbamos a caminar y a recorrer el mundo, en tren, en barco, en autobuses, a pie, a caballo o en burro, sea como fuere. Mi madre y a mi padre se aterraban cada vez que salía, creo que tenían razón de preocuparse y de que algo malo me fuese a pasar. La primera vez que lo hice acababa de cumplir quince años, después empecé a estudiar la preparatoria en la Ciudad de México; fueron los años más felices de mi vida, porque aprendí cómo veían el mundo dife-

rentes personas y cómo los seres humanos a veces sufrían por sus propias convicciones y no sólo por las ideas de los otros. Aprendí la tolerancia de los diferentes puntos de vista y que la gran tragedia de la humanidad era la desigualdad y la injusticia, y comprendí que el hombre sólo puede vivir una vida aunque puede soñar muchas. Entonces pensé que realmente era una tragedia que el ser humano al escoger algo tenía que rechazar todo lo demás. Aprendí también que en ciertos seres el deseo de vagar y de viajar era lo más importante en la vida; supe que la palabra vagabundo era una corrupción de la palabra vagamundos y que yo estaba destinado a ser uno de esos seres que “vagan por el mundo” (como dice la oración de San Miguel Arcángel que rezaba mi abuela todas las noches) para aprender o acaso para desaprender, y que existía una palabra para los condenados a la errancia sin fin: el *wander lust* y que yo era un *wanderer* y que las grandes historias son las de aquellos que salen al mundo sólo para ver qué pasa, como Don Quijote o Ulises o Simbad el Marino; entonces me di cuenta que los viajes más intensos son los que uno realiza en su propia cabeza y que de ese tipo son la mayoría de los viajeros y que no importa a dónde se vaya, siempre se estará con uno mismo como dijo Kavafis. Así y todo no quería vivir para siempre en el mismo lugar y comencé a soñar que debía comprar un barco y estar siempre de viaje. Por eso regresé al pueblo y después de grandes esfuerzos compré la goleta La Paloma; cuando empecé a viajar en la goleta me llenaba de alegría, sobre todo cuando salía a la bocana del río y aspiraba la brisa salada del mar, y después bogaba y veía a un lado la costa y al otro la inmensidad del océano. Y así recorrí los puertos del Golfo de México y me llenaba de alegría al oír la música y ver los colores al llegar a los puertos, y entonces me di cuenta que eso iba a ser mi vida y que quizás nunca saldría de esos parajes y que no vería jamás las metrópolis modernas ni las ciudades antiguas, y que con eso tenía

yo que vivir y ser feliz. Fue cuando me enamoré de Carmencita, sus grandes ojos fue lo primero que ví y pensé que casarme significaría perder mi libertad y nunca podría yo viajar como quería. Ese pensamiento me atormentaba, pero decidí que ella era la mujer con quien quería vivir. No sé cómo lo supe, tal vez en la manera que se pegaba a mí cuando la besaba y la tomaba de la nuca. Como no tenía dinero para una gran boda le propuse que se fuera conmigo en La Paloma; ella al principio no quería, pero al fin aceptó y un día nos hicimos juntos a la mar. La goleta cortaba el agua a una gran velocidad y veíamos a los delfines que viajaban a los lados del barco. Pensé que la iba a hacer infeliz porque algún día me iba a vagar por el mundo y la dejaría sola para siempre; algo pasó, siempre estuve contento de verla. Cuando regresaba y entraba con la goleta por la boca del río, pensaba, Carmencita me está esperando y yo voy a ser feliz de verla y ella también. A pesar de esta felicidad seguía mi cabeza soñando en viajar por el mundo, aunque sabía que mi pobre goleta de cabotaje jamás me iba a llevar más allá del Golfo de México y de sus puertos, que me sabía ya de memoria. Y poco a poco fui aceptando que ése sería mi destino: llegaba a casa y Carmencita tocaba el piano para mí, preparaba con vino la cena y ponía candelabros de bronce, y yo siempre le traía un pequeño recuerdo del viaje que sabía que le daría alegría. Le decía que si algún día pudiera viajar más allá de los puertos del Golfo la llevaría conmigo, pero que si no podía viajar más allá, estaría feliz de vivir con ella el resto de la vida. Y poco a poco me di cuenta de que iba yo cambiando. Al principio fue algo imperceptible para mí y para los demás, siempre me había gustado vestirme con ropas finas, pero ahora buscaba en los puertos trajes que venían de lugares lejanos. Me gustaba usar ropas exóticas: me vestía de capitán, de punta en blanco, siempre que pisaba la cubierta de La Paloma; me vestí como indio chontal y me puse las blusas bordadas de los indios

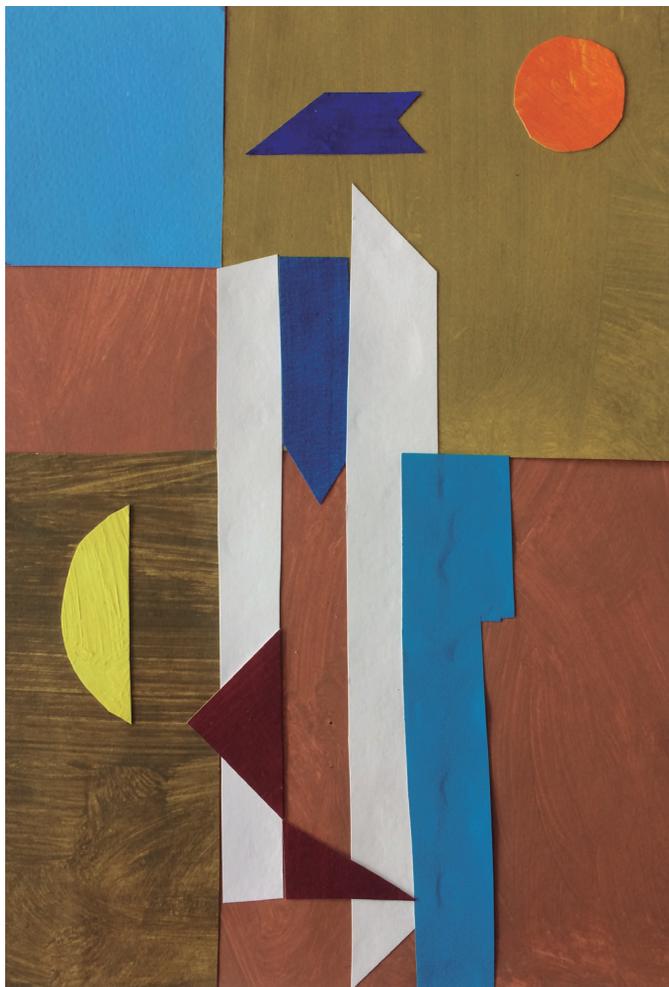


de Oaxaca; me compré un smoking como el que usó Humphrey Bogart en Casablanca; usé un fez como el de Sydney Greenstreet en *El Halcón Maltés*; después me pareció que los trajes de Nehru y los turbantes de los árabes eran los que más me gustaban; me vestí de cowboy y de andaluz. Siempre que utilizaba un cierto atuendo pensaba que yo viajaba por los desolados desiertos de Arabia, por las tumultuosas calles de la India, en las sinuosas y empinadas calles de San Francisco y que era un aventurero que viajaba de ocultis luchando a brazo partido con malandrines y bestias feroces. La gente me miraba y murmuraba: ahí va el capitán loco, quién sabe qué tipo de traje está vistiendo ahora. Sin embargo Carmencita sabía que esos atuendos me daban alegría y me aceptaba. Después decidí que me cambiaría de nombre porque no tenía ninguna obligación de mantener el que me habían dado mis padres y ella también aceptó todos estos cambios; dijo: todos deberíamos cambiarnos de nombre, pero yo soy como un perro que no responde más que a uno. A veces salía conmigo a tomar mantecado de vainilla a La Terraza, otras veces se quedaba en casa a esperarme. Me fui quedando con muy pocos amigos que me aceptaban y toleraban, pero casi siempre andaba solo y pensaba: de todas maneras este pueblo está lleno de gente maniática y excéntrica, y yo soy uno más de ellos y conozco cómo cada uno de ellos quisiera ser otro y no el que es, así me alejé de mis viejos amigos de la infancia: Amador, Tesoro, Orobio; a veces los saludaba de lejos y ellos también, pero ya nunca me senté a beber o a comer con ellos. De todas maneras los marineros me respetaban y tenía mi trabajo timoneando la goleta a la perfección, y cuando llegaba a casa me sentaba con Carmencita en el columpio que está a la entrada de la casa, la miraba a los ojos, le soplabla suavemente en los oídos, la tomaba por la cintura o por la nuca y le decía que tenía suerte de tener por marido a un árabe de ojos negros y hundidos, o un oscuro hindú con turbante, y que

éstos saben muchos artilugios eróticos, que ella iba a disfrutar de la muy antigua sabiduría erótica oriental, que esa felicidad existe para muy pocas mujeres y que era muy afortunada de ser una de ellas y ella dice sí, siempre sí.

IV ESTELAS EN LA MAR

Salgo una vez más a la mar océano, que dijo Cristóbal Colón. Voy de pie en la proa de la goleta viendo el infinito que se asoma en el horizonte. El infinito siempre se asoma: uno nunca lo puede ver completo. Éso es una definición: el misterio del universo, de los números, de la inmortalidad: *an intimation of the incomprehensible*. La ilusión de que uno puede capturar el infinito. Siempre veo para adelante y no hacia atrás, y no observo la estela que va dejando el barco. Son las seis de la mañana y el sol apenas se está rayando al frente y a la derecha. Me acomodo mi gorra de capitán con un gesto automático que a veces también hago en tierra. Después de navegar una media legua marina al frente, tomaré rumbo a la izquierda y seguiré navegando en las aguas bajas de la plataforma continental. En estos viajes de cabotaje uno tiene que ajustar en forma constante el rumbo para mantener la costa siempre a la vista, pero no acercarse demasiado porque siempre hay riesgo de encallar, ni alejarse demasiado porque corre uno el riesgo de perderse en la alta mar. Ése es el problema de la vida: que no existe un camino fijo. Lo tienes que ajustar todo el tiempo. A veces dar un cambio brusco: por eso, esos cambios en la vida se llaman golpes de timón. Esas vueltas tajantes son las más difíciles



de la vida, pero uno los tiene que hacer para salvarse. También es cierto que uno puede morir en ese cambio. Cada quien tiene que encontrar o inventar su único y no hollado camino. Iba a decir su verdadero camino pero eso no es cierto. Uno busca su camino a veces con desesperación cuando uno es joven y realmente no sabe si sabe si uno ha tomado el camino correcto. Tal vez pude haber tomado un mejor camino y el azar, las circunstancias o mi propia personalidad me impidió tomar ese otro diferente camino. Tampoco puede uno dejar que los padres tomen la decisión por uno. Uno tiene que aprender a cometer sus propios errores. No puede repetir los errores de los otros. Hay quienes me han dicho que cuando uno elige no es propiamente una elección, porque dadas todas las circunstancias de ese instante exacto, uno no tuvo más remedio que haber tomado ese camino. No sé si sea verdad. Yo no sé qué hubiera sido si no hubiera sido marinero. Nuestro camino además es invisible. Es una biografía que sólo uno conoce. No sabe si uno dejará algo. Por eso un poeta inglés escribió: aquí yace un hombre que escribió sobre el agua. Me parece un epitafio perfecto para un marinero. Muchos escritores han sido marineros. Siempre escriben de lo que pasó cuando estaban embarcados aunque ya hubieran pasado muchos años de vivir en tierra. Aquí en este puerto muchos jóvenes que no tienen recursos para estudiar o poner un negocio se embarcan en barcos extranjeros y su familia nunca sabe más de ellos. Se pierden para siempre aunque a veces uno los encuentra en esos puertos de Dios. Estoy seguro que no hubiera sido tendero, oficinista o médico. No podría haberme quedado quieto en el mismo lugar. Soy de los que tienen que salir a caminar o a navegar por el mundo. Caminar por caminar como Don Quijote y Sancho. No caminar para llegar. Uno nunca llega ningún lado. Siempre está de viaje. Encontrar o inventar aventuras. Siempre encontraré algo. Veré ciudades en la madrugada o al anochecer cuando la luz adquiere tonos dorados como en las pinturas de Turner.



Acaso cuando llegue a viejo, si es que llego, podré hacer un recuento de si elegí bien mi vida. Eso también es imposible. Uno se engaña a sí mismo con toda facilidad. Los demás también lo engañan a uno y muchos viejos sienten que la vida les ha pagado con monedas de cobre, cuando en realidad hicieron lo que realmente querían o podían hacer. Otros engrandecen su vida, pero las enfermedades siempre lo joden a uno. Todas estas sinrazones y desatinos pienso mientras voy mirando el horizonte verdidorado que se ensancha hacia los lados y se curva. Y pienso todo esto porque soy joven y estoy empezando mi vida como capitán de barco de cabotaje y quiero casarme con Carmencita. No puedo casarme con ella por la iglesia y con fiesta porque todo mi dinero lo he invertido en la compra de esta goleta. Así que he decidido pedirle que huya conmigo una madrugada próxima y casarnos por lo civil en Veracruz. Y me surgen otras preguntas en mi cabeza. ¿Me podrá ella acompañar en estos viajes? ¿Tendré que dejarla sola en la casa para que me espere cada vez que salga de viaje? ¿Podrá ella tolerar esa soledad? ¿Encontrará otro hombre que la entretenga mientras yo salgo de viaje? ¿Me volveré yo un celoso irredento? ¿Podré tolerar los celos? ¿Será ella quien se haga celosa? ¿Me hará escenas intolerables cada que vez que yo salga o regrese? ¿Podremos vivir juntos a pesar de que yo siempre esté de viaje? Trataré siempre de llevarle un pequeño regalo para que sepa que la he recordado. Creo que eso la puede tranquilizar. También trataré de estar siempre alegre para ella y no quejarme de las penurias de los viajes. Lucharé por presentarme ante ella ligeramente cambiado para que tenga siempre una nueva impresión de mí. Seré feliz cada que la vea después de un viaje. Es un golpe de timón o una vuelta de tuerca que he decidido dar. Eso cambiará mi destino. Lo he decidido.

Cuando uno tira comida por la borda, no importa la que sea, aparecen los delfines y toninas que van deslizándose a los lados

con las bocas abiertas y los ojos humanos. Tienen una hilera de dientes pequeñitos que parece que ríen. Me han dicho que el cerebro de estos animales es parecido al de los seres humanos. He visto muertos a estos grandes cetáceos pero nunca he visto su cerebro. Lo que he visto es que tienen pulmones y un corazón parecidos al de nuestra especie. Cuando nadan a babor o a estribor realmente lo acompañan a uno. Son como gatos o perros. Hacen chillidos cortos mientras te miran como si te estuvieran saludando. Uno quisiera tocarlos. Si el barco se para, ellos también se detienen. Siempre tienen hambre. Sólo viven para comer. Otros animales también tratan de comerlos. Pero estos animales son sociables con los seres humanos. A veces me dan deseos de ponerles nombre porque los he llegado a conocer por las cicatrices que tienen en el cuerpo. Los seres humanos también vivimos para comer, pero también vivimos para estar con otros seres humanos y conocerlos, leer novelas y cuentos, y para vivir otras aventuras y conocer a los muertos, oír música clásica y popular, ver las grandes obras pictóricas, escuchar cómo resuena en el oído mental la poesía erótica, ver otras costas y sobre todo para amar con furia y estruendo insaciable a una mujer, como yo deseo a Carmencita.

V
E CADDI COME CORPO MORTO CADE

*Quando leggemmo il disiato riso
Esser bacciato da cotanto amante,
Questi, che mai da me non fia diviso*
Comedia, canto v, DANTE ALIGHIERI

Querida Carmencita:

Francesca da Rimini y Paolo Malatesta son los únicos que han logrado mantener para siempre la pasión amorosa. No se sabe si fue la voz de Francesca la que sedujo a Paolo o si cayeron en el torbellino negro mirándose a los ojos, o si el beso unió todos los sentidos en un *sensorio comune*. El momento en que la mujer y el hombre caen al negro e inesperado remolino es el momento más luminoso de la vida. Nada se puede comparar con ese instante irreversible. Dante lo único que quería saber era el momento exacto en que se ahogaron bajo el imperio de los efluvios amorosos y ya no se pudieron apartar. A Dante, como poeta, éso es lo que le interesaba. No quería saber cómo el otro, el malo Malatesta los mata o los descubre. Éso sería una novela policial. Creo que el marido de Francesca, Gianciotto Malatesta, trató de separarlos en forma civil, pero falló patéticamente. Acaso habló con su hermano Paolo y también con Francesca. Ya era imposible. No pudo sino matarlos

y de un golpe terminó con la vida de su hermano, la de su mujer y la suya, porque es imposible vivir después de un crimen como ése. Era militar y no tenía otros recursos persuasivos. Además, debió haber sido terrible el momento en que se dio cuenta que la separación era imposible. Como buen idiota social no quería ser señalado como cornudo. Acaso sabemos lo que sintieron los amantes, pero no lo que el cojo Malatesta. Los celos, el odio, el miedo y la envidia son tan incontrolables como la pasión y tan difíciles de entender. Son las pasiones tristes que decía el más noble de los filósofos. Y, no obstante, parecen ser parte de la pasión amorosa. Los amorosos tienen celos, miedo y envidia. ¿Y cómo podemos vivir sin esos tristes sentimientos cuando la pasión cae sobre nosotros? De alguna manera tendremos que vencer esas tristes pasiones. Y también, de alguna manera, mantener viva esa brasa de fuego blanco que arde en nuestro pecho. Sé que haremos todo lo que podamos para alimentar ese fuego.

Caer en la pasión. Uno no la busca. Es un accidente. Puede ser un accidente genético. De todas formas, estos Malatesta estaban mal de la cabeza como su apellido lo indica. Dante, al reconocer la fuerza indestructible de la pasión sexual, cayó a tierra como cae un cuerpo inanimado. Lo que sintió Dante es lo más extraño de todo. Tal vez el castigo le pareció excesivo. Quizás reconoció que el amor era lo más humano y noble que le puede pasar a los seres humanos y que éso no podía ser pecado, o sintió que él nunca había tenido ese sentimiento y por lo tanto no podía comprenderlos. Sintió lo no vivido. Lo más extraño aún es que la condena a los réprobos en el círculo de los lujuriosos es la cópula eterna: lo que han ansiado los amantes de todos los tiempos. Fue un castigo divino: vivir, penetrados, durante la insondable eternidad. Pero no sabemos si los amantes así lo sintieron. ¿O sería la dicha eterna?

Heráclito.

Querido Heráclito:

El tiempo es lo que destruye todo. Lo veo en las plantas y en los animales y hasta en el herrumbre de las aldabas y las cadenas del columpio; en la pintura que se descascara de las paredes y en los codos luidos de nuestra ropa. Quisiéramos que el tiempo no existiera. Por eso nos inventamos todo. No sé si valga la pena vivir después de que la pasión se acabe. Éso es lo que me tortura. ¿Si la pudiéramos reinventar y pulir y soñar y pensar y volverla a vivir de otra manera? Ésa es la única vida que deseo. Es la única vida que quiero vivir, y ya que no podemos vivir otras vidas más que en nuestra pobre imaginación, tenemos que aspirar, no a la inmortalidad, sino a agotar las vidas que tenemos en la tierra. Vidas cortas e imperfectas. Y no me importa convertirme en polvo.

Carmencita.

Carmencita:

Cuando voy en mi barco y siento la brisa marina, levanto los brazos, respiro hondo para recordarte, y veo el vasto océano en el horizonte y viene a mi mente la idea de la eternidad; esta idea de la eternidad me aterra; no la idea del infierno o de la inmortalidad, sino la del infinito, sea en el cielo o sea en el infierno. No creo en la eternidad. El mundo, algún día, será un desolado y frío desierto. Todo el vértigo de las elípticas galaxias con su hoyo negro en el centro ya no estarán. Esta mota de polvo estelar que llamamos tierra se acabará pronto y su improbable maquinaria de fusión y de fisión se habrá agotado. Ya no habrá ricos ni pobres ni muer-

tos, porque todo estará muerto. El fuego inagotable del infierno es imposible termodinámicamente. Arde más la brasa de carbón en un fogón de un pobre, que el petróleo del infierno que ya casi se está acabando.

Uno de los misterios más grandes, para mí, es que Ulises haya rechazado la increíble inmortalidad que le ofrecía la diosa Calypso. El amor encarnizado, con sangre y con líquidos, sin tiempo, que le ofrecía Calypso a Ulises, sólo es comparable al amor de Dido por Eneas.

¡Dido! La separación eterna. Por este abismo que siempre es posible que se abra, es que existe el miedo entre las parejas que se enamoran. Anhelan la comunión eterna, pero ahí está la muerte para recordarnos que todo termina. Cuando te miré a los ojos por vez primera supe que serías mi mujer y también tuve miedo. Yo era otro entonces y aun así tuve temor de perderte alguna vez. La separación en el momento de la pasión puede matarnos o entristecernos para siempre. Ésa es, acaso, la gran tragedia amorosa. No vivir lo que uno pudo haber vivido. Tal vez sólo debemos aspirar a la eternidad del instante. Hemos estado varios instantes en el paraíso. ¡Ojalá hubiéramos tenido más de esos vulnerables y precisos instantes! Hemos vislumbrado el paraíso que es a lo más que podemos aspirar. Nunca ha habido paraíso terrenal para los pobres primates que parasitamos en esta improbable tierra. Por lo tanto, no pudo haber caída ni pecado original.

¡Hay que vivir aquí y ahora!

Heráclito



Querido Heráclito:

La cópula apasionada, eterna, es lo único que yo quiero.

Carmencita.

VI
SUEÑO DE UNA NOCHE DE LLUVIA
EN EL VERANO

Siempre me ha gustado el ruido que hace la lluvia en el tejado. De niña me dormía escuchando el estruendo del agua sobre las tejas de Marsella de mi casa. A veces los truenos me asustaban, el viento también me ponía nerviosa, pero el ruido monótono de la lluvia, poco a poco, me adormecía. En esa época llovía durante días enteros y yo miraba caer la lluvia por horas sin fin. Veía caer el agua en el patio de mi casa y veía cómo poco a poco se inundaba; las tortugas que estaban enterradas salían, los sapos también, a veces los gorriones y los colibríes entraban en la casa y volaban por la sala y el comedor, estaban asustados y nosotros teníamos prohibido tocarlos porque mi madre decía que ellos eran libres y así fue como Dios los hizo. Como no podíamos salir, los niños jugábamos a serpientes y escaleras y más grandes a la brisca con la baraja española. Estaba prohibido tocar los sapos porque orinaban los ojos. Tortugas que no habíamos visto en años, pero que tenían nombre, salían hambrientas y les dábamos lechuga y plátanos dominicos. Cuando se iba la lluvia también las tortugas desaparecían. Teníamos prohibido mojarnos y andar en la calle sin paraguas o impermeable. Después de la gran lluvia, el día y la noche quedaban frescos y se oía toda la noche el croar de los sapos y las ranas.

Era una lata todo ese ruido y a muchos los desvelaba. Si quedaba algún charco, enseguida se llenaba de gusarapos. Todos en mi casa odiábamos los sapos, pero no a las ranas. A veces veíamos a los camaleones que cambiaban de color, hacían un ruido infernal y no había que molestarlos porque comían moscas y mosquitos.

La visita de la niña María Pía me hizo recordar una noche de verano en los primeros meses de mi matrimonio con Tolomeo. Ya tenía dos semanas de haberse ido en La Paloma y no me había telegrafiado ni avisado con un propio cuándo volvería. Estaba acostada en la cama y oía como caía a torrentes la primera lluvia del verano. Me di cuenta que mientras estuviese con él siempre lo iba a estar esperando; supe, de pronto, que lo más probable era que algún día él me dejara; tal vez porque la pasión se le acabara, o acaso porque encontrara alguna otra persona que le pareciera más interesante o le gustara más que yo. Sabía que él, a mí, nunca me aburriría ni nunca lo dejaría, y que mi interés sexual por él no se desvanecería como los círculos de un estanque cuando cae una piedra. Yo, Carmencita, haría todo lo posible por tenerlo contento: le prepararía sus viandas preferidas, le plancharía las camisas y pantalones que le gustaban, aceptaría a sus amigos y sería complaciente con sus manías; estaría más que dispuesta a sus caricias y le diría, cuando llegara, cómo lo había estado esperando, hinchada y húmeda, acostada en la cama con la mano cerca de la entrepierna y con la mente en su cuerpo.

Pensé que me volvería loca en la espera y que lo que debería hacer era separarme de él y tratar de encontrar a otro hombre. No se me hacía imposible porque sabía que era una mujer muy linda, de grandes ojos, forma ovalada de la cara, piel suave y fresca, bonitas piernas y cintura pequeña. Mientras pensaba ésto, oía la lluvia y el granizo que caían como balas sobre las tejas, en esta casa que no tiene cielo raso, y me excitaba y mojaba, y al mismo tiempo me decía que mañana mismo me iba de esta casa. No sabía cuándo

estaría Tolomeo de regreso y acaso nunca regresaría; pensaba en la razón de no haberme telegrafiado: tal vez estaría ahogado, flotando en el mar del Golfo de México, saturado de tiburones, con su traje de lino blanco, carcomidas la cara y la nariz por los peces y las jaibas, o quizá ya tenía otra casa a la que le había mandado poner un columpio ancho y con cadenas, o capaz que se haya enamorado de una prostituta y ya estuviera en camino de hacerse padrote, que talento para éso no le falta.

El calor ya estaba cediendo con la lluvia y me levanté a taparme con un chal y después sentí, dulcemente, que el sueño me invadía como cuando era niña y escuchaba la lluvia. Esa noche tuve el sueño más extraño de mi vida: caminaba por una ladera del bosque, con árboles a los lados, sola; el día era soleado y fresco y el cielo tenía un intenso color azul. Un hombre vestido de catrín, como Mandrake el Mago, de los comics, o como el catrín que sale en la lotería, se apareció delante de mí; primero pensé que era Tolomeo que se había disfrazado de magnate de Wall Street y que había aparecido de repente para asustarme, Lo miré y advertí que era un hombre de nariz larga y afilada y bigotito recortado, de canalla, a la Clark Gable; él me miró un poco admirativamente, un poco con burla y un poco con deseo; tuve que cerrar los ojos y voltear para otro lado, sentí que me enrojecía. Le dije: ¿quién se cree usted qué es? Luego pensé: no vaya a ser el ánima de Sayula, pero no dije nada. Entonces respondió: tengo una propuesta para usted que dudo que quiera rechazar, yo nunca hago propuestas, siempre las escucho con resignación y desinterés, así que debe sentirse orgullosa de que yo haga la invitación. No acepto propuestas de un desconocido, reviré, y empecé a caminar hacia adelante, para que viese que no le tenía miedo. Se trata de Tolomeo, dijo, y me paré en seco; como le dije, no acostumbro hacer propuestas, siempre sé lo que me van a pedir, pero, en su caso, voy a hacer una excepción. Yo seré quien la haga; lo miré de nuevo. No tengo nada qué pedir



y menos por un precio tan alto; no deseo riquezas, ni poder, ni tampoco conocimiento, ni pasar a la historia; son otros mis deseos. Además, las mujeres no hacen pacto con el demonio; éso es cosa de hombres. Éso cree usted, dijo el catrín o lagartijo, y con unos dedos largos y anillados se llevó a la boca un pitillo largo y lo encendió. El humo salió delgado de su boca y no se deshizo sino después de varios metros. Me le quedé viendo como si hubiera hecho un acto de magia y fue cuando noté que su piel era pálida y seca. Usted sabe, dijo, que un hombre célebre hizo un pacto conmigo diciéndome que me lo podía llevar cuando fuese dichoso y mientras tanto él podía lograr su alquimia amorosa y de conocimientos. Podemos apostar, como Pascal, o como en un seguro de vida: usted acepta mi propuesta por un determinado tiempo, digamos, quince o diez años, y después, si no está dispuesta a renovarla, se disuelve el contrato. La propuesta es simple: le ofrezco que Tolomeo nunca la deje. Como si eso no fuera suficiente, también le ofrezco la inmortalidad, la verdadera e inextinguible: nunca se le acabará la pasión; siempre tendrá una brasa encendida dentro del pecho, ardiendo a fuego lento, roja y crepitante en las noches, latiendo exultante por usted. Se acabarán todas esas malas noches y todos esos pensamientos y emociones que giran en círculos lentos e inexorables. Este contrato sólo será válido si usted también mantiene una pasión inextinguible por él. No será fácil, hay otros detalles del yugo de la convivencia. Tal vez incluso puede ser de ayuda para usted que Tolomeo sea un marino y que esté viajando, como Simbad el Marino, varios meses del año. Es cierto que usted tendrá que tolerar o aceptar algunas de sus manías, como la de pretender ser siempre otro; incluso puede ser esto divertido. Hay muchos hombres que pasan la vida queriendo ser otros, y a veces lo logran; así dejará de sufrir y será dichosa mientras viva. ¿No me da usted garantías?, pregunté. Sí hay un contrato, contestó, y

sacó del chaleco uno, en papel cebolla, lleno de cláusulas con letras pequeñísimas. No vale la pena leerlo, los contratos siempre dicen lo mismo: son en beneficio de quienes los hacen; me he permitido redactarlo por diez años. Para entonces no creo que importe mucho todo ésto. Tomó mi dedo índice y, en un vértigo, con el fistol de la corbata pinchó mi dedo derecho y puso la gota de sangre, roja y brillante, sobre la parte inferior del contrato. Ya está, dijo. Ésto es absurdo, pensé, es sólo un sueño. He hecho contratos con otros durante el sueño, replicó, no es usted la única; el más famoso fue Giuseppe Tartini, a quien le dicté las notas de *El trino del diablo*, mientras dormía, y con rapidez se despertó a escribirlas. Quiero que sepa que esas notas han deleitado a miles de melómanos. Las palabras italianas resonaron, cantarinas, en mi cabeza, mientras el catrín se guardaba las hojas delgadas del contrato en la bolsa del chaleco de seda. Oiga, dije, quiero revisar el contrato. Es irrevocable, dijo, y se fue desvaneciendo poco a poco, hasta que sólo quedó de él el humo delgado que salía de su boca.

Después me di cuenta de que el hombre tenía la voz de Tolomeo, el mismo tono de voz juguetón y con ciertas inflexiones de burla, y recordé, en el sueño, un día en que durante un baile de carnaval, se me acercó un hombre disfrazado de diablo para pedirme un pasodoble. Le dije que no y el hombre se sentó a mi lado. Haga un pacto conmigo, me dijo con voz ronca. Yo me volteaba hacia el otro lado y él no hablaba nada, aunque a veces lo oía reír, casi en un murmullo. Cuando vio que me paraba para retirarme, dijo duramente: quédate conmigo, Carmen, soy Tolomeo; creí que ya te habías dado cuenta.

Cuando desperté, vi el piquete en el dedo índice derecho; era pequeño y con un ligero coágulo. No dolía ni daba comezón; ha de haber sido un mosquito.

VII UN DESORDEN DE LOS SENTIDOS

Abuela, hoy estás de luto y te noto triste —dijo María Pía e hizo un gesto muy sutil de fastidio.

—Sí, estoy triste porque ha muerto Carmencita —dijo doña Esther y se sentó en un sillón de mimbre de la sala—. Era, creo, mi última amiga. Recuerdo que teníamos unos diez años cuando nos conocimos, íbamos a la escuela del profesor Límbano Correa. Era una escuela racionalista; así le llamaban a las escuelas laicas. No había curas ni monjas en este puerto. No me bautizaron ni nunca puse un pie en un rezo ni vi a ningún santo de madera o en una imagen. Los domingos a veces organizaban quemas de santos. La iglesia la hicieron cancha para jugar básquet y voleibol. Había baile en el parque los domingos y los jueves. El alcohol estaba prohibido, pero se veía, de todas maneras, uno que otro borracho. Mi padre hizo un entierro de monedas de plata 0.720 para cuando escasearan los alimentos y el dinero. Yo no conocí otra vida ni tampoco pensaba que había una dedicada a la religión. Nos enseñaban versos y cuentos europeos y música, y también tenía que aprender muchas matemáticas. Eso era lo que me gustaba. El puerto estaba lleno de barcos extranjeros que cargaban madera, cacao, café, copra y bananos.

Llevaba una vida tranquila. Fue cuando conocí a Carmencita en la escuela. Leía a una velocidad impresionante y tenía una caligrafía y una ortografía impecables. Vivíamos cerca y al anochecer jugábamos toda clase de juegos y cantábamos variadas canciones: “Al ánimo, al ánimo, la víbora de la mar”. Era la muchacha más bonita de la escuela. Tenía el cabello largo y lacio y los ojos negros más bonitos que he conocido, con cejas altas y delgadas y las pestañas rizadas. Se sabía los versos de Rubén Darío y de los poetas del Siglo de Oro. Yo también me los sabía, pero no podía competir con su voz cantarina y bien modulada. Nos hicimos amigas inseparables y más tarde empezamos a ir a los bailes. Ahí conocimos a varios muchachos, entre ellos a Tolomeo, Orobio, Amador, Tesoro y con ellos aprendimos a bailar y conversar. Creo que en unos de esos bailes fue que se enamoraron Tolomeo y Carmencita. No sé cuánto duraron de novios. Tolomeo había estudiado la preparatoria en San Ildefonso en México, pero regresó al pueblo porque su madre había muerto. Su padre falleció cuando él era un niño. La madre le dejó una pequeña herencia y una casa, así que se quedó aquí para ver en qué podía invertir ese dinero. Calló doña Esther y se quedó mirando al vacío, como si ya no tuviera nada que decir.

—¿Entonces fue cuando compró la goleta La Paloma?

—Sí. El barco no era nuevo, pero estaba en buenas condiciones. Lo calafatearon y él le puso La Paloma. Empezó a trabajar con él, primero comerciando en la ribera del Usumacinta y después como barco de cabotaje en los puertos del Golfo de México.

—¿Se hizo novio formal de Carmencita?

—Sí. Preguntas demasiado. A veces no es bueno saber todas las cosas. Uno siempre se debe quedar con algunas dudas e incertidumbre. Sobre todo porque nunca se saben bien las cosas, pero es verdad que la iba a visitar todas las tardes en su casa y se sentaba con ella en la sala de su casa. El padre pensaba que Carmencita

podía tener un mejor partido y en una ocasión le preguntó si algún día se iba a casar con ella o si sólo le estaba quitando el tiempo y otras oportunidades. Él le dijo que estaba arreglando su casa para poder vivir allí con ella, pero que no sabía cuándo se podía casar. Entonces el padre le dijo que le pedía que se retirara y que no visitara más a Carmen en su casa.

—¿Y él qué hizo? —preguntó María Pía con cierta ansiedad en la voz.

—Fue entonces que se la llevó en La Paloma. Una mañana de diciembre a las 5 de la mañana zarparon del puerto. Carmencita, dicen, iba llorando y nada más llevaba lo puesto y un veliz con unas joyas. Creo que llevaba unos pocos ahorros. Después regresaron casados y él mandó poner el columpio en la entrada de la casa y le compró un piano porque el padre no quiso darle el suyo. Fue un buen esposo. Al principio salía a comer y beber con los amigos y después poco a poco se fueron quedando solos, Carmencita y él. Todos los muchachos se hicieron maniáticos. Yo visitaba a Carmencita y a veces ella venía cuando Tolomeo estaba de viaje. La sentía muy feliz. Yo también estaba contenta con Amador y a veces salíamos a pasear, ella y yo, por las calzadas que rodean el parque debajo de los laureles de la India.

—¿El padre la perdonó?

—Sí. Tuvieron de nuevo una buena relación. Ellos esperaban un nieto, pero Carmencita nunca se embarazó. Ellos temían que Tolomeo buscara otra mujer con quien tener un hijo, pero él no buscó nunca a nadie más. Después se fueron aislando y Tolomeo dejó de frecuentar a sus amigos y yo dejé de ver a Carmencita. Sólo la veía cuando pasaba al mercado en las mañanas. A veces los veía en el parque tomando helado de vainilla.

—¿Por qué se aislaron tanto?

—Nunca lo he sabido. Fue cuando Tolomeo se cambió de nombre y empezó a usar atuendos exóticos. A ella al parecer nada de ésto le importaba. Parecía o era muy feliz. Se oía que tocaba el piano en su casa y que ponía canciones en el gramófono. Fue en esa época cuando una negra noche Tolomeo cayó muerto en el parque mientras la orquesta tocaba la rumba “El Manicero”. Carmencita estaba desolada. Besaba al muerto y no quiso ir al camposanto a enterrarlo. No quería separarse de él. Yo la abrazaba, pero ella sólo tenía los ojos puestos en Tolomeo. Después de unos meses dejó de salir y se encerró en su casa. Desde entonces no la vi más. No le abría a nadie. Sólo a una muchacha que le llevaba de comer y le hacía las labores domésticas. Decían que en cada hombre veía a Tolomeo-Heráclito y que no quería ver a ninguno, ni siquiera a un niño. Dejó de tocar el piano y de poner el gramófono. No sé cómo murió, sólo sé que la encontraron muerta.

—Como nunca salía, yo habría pensado que hubiera muerto en su casa y después de un tiempo la sirvienta la hubiese encontrado. Pero no fue así. La empleada doméstica llegó una mañana muy temprano. La encontró en el columpio muy pálida y apenas hablaba. Dijo que había salido a ver y a decir adiós a Tolomeo cuando pasara por el río, de pie, en la proa de La Paloma. Murió sentada en el columpio, con la mano derecha, lánguida, apoyada contra el respaldo y con la mirada dirigida al río.

La presente edición de
Lo no vivido
de Bruno Estañol
fue maquetada por Federico de la Vega en el
Taller del Fondo Editorial de la
Universidad Autónoma de Querétaro.
El tío de 1 000 ejemplares se imprimió en
Santiago de Querétaro, México, el 5 de julio del 2019.

